

El Tesoro del Castellón

POR

J. AMBROSIO PÉREZ

(Continuación)

Embebecidos en su conversación no se percibieron las jóvenes de que una mujer había salido de entre los rosales.

Dió la vuelta hasta colocarse delante de las jóvenes, y echando atrás la toca que casi cubría su rostro, dijo, dirigiéndose á María que la miraba llena de admiración y sorpresa:

—¿Se parecía á mí?

La joven miraba de hito en hito á aquella señora, pudiendo apenas balbucear.

—Señora..... creo..... me parece..... ¡que sois vos misma!

La dama abrió los brazos y en ellos se precipitó la joven.

—Sí, yo soy—decía—tu madre, que por fin logro tenerte á mi lado, y creo que para siempre.

Después añadió, dirigiéndose á Isabel: —Profecas á mi hija, por el afecto que profecas á mi hija, y que pronto habrá ocasión de ponerlo á prueba.

—¿Residiréis aquí?—preguntó María.

—Sí, por ahora; pero espero que no sea por mucho tiempo. Creo que dentro de poco volveremos al mundo á ocupar el puesto que nos pertenece por nuestro nacimiento y por nuestra fortuna. Y en cuanto al joven militar, cuya ayuda ofreciais á mi hija,—dijo á Isabel,—tendrá la protección que necesita para elevarse, y esto desde el momento; tenemos grandes influencias en la corte que se moverán en su ayuda. Es un joven digno y pundonoroso.

—¿Le conocéis?—preguntó Isabel.

—Sí, hija mía, por lo que de él acabas de decir á mi adorada María.

Las primeras luces del alba iluminaban el horizonte.

Las tres mujeres abandonaron el jardín, penetrando en el convento.

CAPÍTULO NOVENO

De la diabólica reaparición de Chamorro y otras muchas cosas.

Escarmientos y no pequeños llevaron los buscadores de tesoros enterrados por los moros en el Castellón, en todas las épocas, y no es extraño que persistieran en su errónea creencia los personajes de esta novela, cuando en nuestros mismos días y movidos por sueños, se han hecho trabajos de investigación— inútiles como era de esperar—pues no han dado ni podían dar, otros resultados que gastos y molestias, amén de algunos sustos debidos á que la oscuridad y el miedo son dos sumandos que suelen dar un total de prodigios capaces de poner los pelos de punta al más escéptico.

—El vecino de esta villa José García Benito, y el de Chirivel Antonio Moreno Gildoro, ambos soldados repatriados de nuestras ex-posesiones de ultramar, pueden solicitar sus haberes, que alcanzan respectivamente á 30 pesos 184 céntimos, y 19 pesos 627 céntimos.

—Por la Audiencia provincial de Almería, han sido señalados los juicios orales de las siguientes causas correspondientes á este partido judicial:

Julio 12.—Sobre disparo.—Contra José Navarro Crisol.

Julio 29.—Falsedad.—Contra Fernando Fernández Delgado y Andújar.

Agosto 1 y 2.—Homicidio.—Contra Luís Martínez Reche; y por lesiones de arma de fuego á éste, contra Luís Reche Pérez.

Agosto 4.—Homicidio.—Contra Francisco Guirao García. (a) Talarín.

—Se realizan con mucha actividad los trabajos de la carretera que ha de unir este pueblo con Huércal-Overa, quedando muy pocas dificultades que vencer á la empresa.

Esta construcción, que resulta un negocio de pingües ganancias, tiene motivos para ser una carretera modelo, y si no lo fuera, los habría para no ser tolerantes con la contrata.

Nos parece que los que la tienen procurarán ganarse el aplauso de todos.

—La Audiencia provincial de Almería, ha dictado auto de sobresejimiento provisional en la causa que por disparo de arma de fuego se siguió en este Juzgado, contra el vecino de esta villa, Antonio Olivares Rodríguez, (a) Canalera.

—Las dos provincias que menos cantidades han suscrito para el empréstito nacional, han sido Cuenca y Almería; la primera figura con pesetas 311.000, y con 424.000 la segunda.

—Los jóvenes aficionados de esta localidad Pedro Serrabona de la Serna, Juan Abadía Rubio, Andrés Serrabona Fernández, Diego Andreo López y Francisco Mesas Pérez, dirigidos por el simpático espada murciano Salvador Soler (a) Negrete, darán en la tarde de hoy la segunda corrida de novillos-toros, procedentes de una de las más acreditadas ganaderías de Peñascosa, seis de los cuales serán lidiados y banderilleados, y dos de ellos de muerte.

—Con la baja de los plomos continúa la paralización de las minas de Cartagena.

Este metal sigue cotizándose á reales 62,25 quintal.

—A. Almunia López. (Véase la cuarta plana).

Imprenta á cargo de Pedro Crisol Lozano

Don José de Castro Serrano notabilísimo narrador de costumbres y creencias andaluzas, dice:

«Los habitantes del antiguo reino de Granada que son pobres en la actualidad, no son más que momentáneamente. El día menos pensado han de tropezar con uno de los infinitos tesoros que la gente mora dejó ocultos en aquellas tierras al huir cuatro siglos hace, y ese día pasarán de la situación de proletarios á la de «tesoreros», sin afañes ni sudores ningunos».

Esta creencia, por absurda que sea, es más general de lo que parece.

Y es que somos los españoles, dados, mucho más de lo que nos convendría, á vivir de riquezas ilusorias, mientras la pobreza real invade nuestros hogares y amarga la existencia de nuestras familias. Las ilusiones son un excelente parto para la imaginación; pero un deplorable sostén del estómago.

Pero dejando consideraciones inútiles, diremos, reanudando el hilo de la narración, que el Abuelo y el Hijo, no pensaron, ni por un momento, en abandonar la busca del tesoro, y aunque privados de la ayuda de la tía Morisca, creían que con buenas armas y fuertes herramientas se bastaban para derribar, no sólo la puerta de bronce de su sueño, sino el Castellón entero, si fuera preciso.

Callaban y dejaban correr los acontecimientos, porque no podían hacer otra cosa, esperando que el pueblo volviera á tranquilizarse, ayudando ellos al Alcalde con la mejor voluntad, por lo mucho que les convenía, á que el Castellón y el cerro de las Animas quedasen libres de gentes que pudiesen molestarlos en sus trabajos.

—Paciencia—decía el Abuelo—escuestión de días; pero el tesoro será nuestro ó no hay tesoros en el mundo.

—Maldita la falta que nos hace la bruja—añadió el Hijo—me rio yo del que crea que hay guardián de tesoros que resista un tiro en la cabeza ó puerta que no salte del quicio poniéndole debajo un barreno con buena carga.

Pero en tanto se disponían á tomar parte en la segunda expedición que organizaba el Alcalde y que se retrasaba por la pertinaz dolencia que le obligaba á guardar cama, limitándose á tratar el asunto con su buen amigo el discreto Guardián del convento de San Francisco.

Así las cosas, despertó el celoso funcionario cierta mañana al oír los gritos de la mujer de Chamorro que deseaba verlo y no se lo permitían.

Con dificultad, y gritando á su vez, logro hacerse oír de sus criados y dió la órden de que pasase la que le buscaba.

Entró aquella; y con voz entrecortada y pudiendo apenas hacerse entender, dió la noticia de que su marido había parecido.

(Se continuará)